

EL FUNDAMENTO Y RAIZ DE LA EFICACIA

Del libro para miembros del Opus Dei: CUADERNOS 5: LA MISIÓN APOSTÓLICA

EL FUNDAMENTO Y RAIZ DE LA EFICACIA

La vida del cristiano comienza con el bautismo. Por el bautismo recibimos el don de la gracia santificante, que nos hace participar de la naturaleza de Dios, capaces de obrar de un modo divino y de merecer finalmente la visión del Señor, sin mediación de cosa creada alguna, cara a cara, en la gloria del cielo. Ese estado de gracia, que se encuentra en el alma después del bautismo y en el penitente que acaba de recibir la absolución, *no es otra cosa que cierta incoación de la gloria en nosotros*¹; es un germen, un injerto de la vida divina, que, como la vida natural, requiere un crecimiento progresivo y el ejercicio de unas operaciones vitales. Y este desarrollo necesita y depende de nuestra unión con Cristo, dador de la vida sobrenatural. *Quien bebiere del agua que Yo le daré —decía el Señor a la samaritana— no tendrá sed en la eternidad, sino que el agua que Yo le daré vendrá a ser dentro de él una fuente de agua que manará hasta la vida eterna*².

*Aquel que bebiere —dice Santo Tomás— del agua viva de la gracia que da el Salvador, no deseará ya ninguna otra, sino que sólo anhelará recibirla en mayor abundancia*³, deseará crecer en vida sobrenatural,

(1) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 24, a. 3 ad 2.

(2) *Joann.* IV, 13-14.

(3) Santo Tomás, *Super Evangelium S. Ioannis lectura*, IV, 3.

identificarse con Cristo de tal manera que pueda decir como San Pablo: *vivit autem in me Christus* ⁴, Cristo vive en mí. Esa divinización del alma, ese vivir en un orden superior, sobrenatural, no es merecimiento del hombre; excede absolutamente a sus fuerzas y méritos naturales. La vida interior tiene su principio en las virtudes infusas y en los dones del Espíritu Santo, que recibimos gratuitamente, por la misericordia de Dios. Y sólo con su auxilio podemos dar frutos sobrenaturales, realizar acciones dignas de la vida eterna.

Crece en caridad, crece en apostolado

Entre todas las virtudes —dice San Pablo— *mantened sobre todo la caridad, que es el vínculo de la perfección* ⁵; porque la caridad en cierto modo las resume todas: es la que las vivifica, la que las hace meritorias, la que ordena los actos de las demás virtudes. Por eso, crecer en vida sobrenatural es crecer en caridad, en amor de Dios. Y ese crecimiento depende también de nosotros, exige nuestra cooperación. *Aunque la caridad sea un don divino* —explica Santo Tomás— *se requiere para tenerla una disposición de nuestra parte. Por tanto conviene saber que hay dos cosas especialmente necesarias para adquirir la caridad y otras dos para aumentar la caridad que ya se tiene. Para adquirir la caridad es necesario, en primer lugar, escuchar atentamente la palabra de Dios (...), y después meditar continuamente en los bienes divinos, tal como dice el salmo: «se encendía el fuego en mi meditación»* ⁶ (...). *Las otras dos cosas que aumentan la caridad ya adquirida son, en primer lugar, desprender el corazón de las cosas terrenas (...), y después una firme paciencia en la adversidad* ⁷.

(4) *Galat.* II, 20.

(5) *Colos.* III, 14.

(6) *Ps.* XXXVIII, 4.

(7) Santo Tomás, *In duo praec. caritatis et in decem legis praec. expositio*, prol., V, 1155-1159.

Con la oración y la mortificación, nos disponemos a recibir la gracia y a desarrollar la vida divina en nosotros. De esa vitalidad sobrenatural serán fruto las obras, los actos de amor, *al considerar que (...) Cristo murió por nosotros, para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos* ⁸.

Todos podemos recordar cómo el deseo de hacer apostolado, de vivir en la Obra dedicados al servicio de las almas, brotó en nuestro corazón de la vida interior, del trato personal con Jesucristo. La vida interior trae como consecuencia lógica el apostolado, porque es idéntica la razón de amar a Dios y al prójimo: Dios mismo. Merced a la caridad, lo que queremos y buscamos en todas las almas es que en ellas esté Dios, que se asemejen a Dios y le amen. *El apostolado se ejercita en la fe, en la esperanza y en la caridad, que derrama el Espíritu Santo en los corazones de todos los miembros de la Iglesia. Más aún, el precepto de la caridad, que es el máximo mandamiento del Señor, urge a todos los cristianos a procurar la gloria de Dios por el advenimiento de su reino, y la vida eterna para todos los hombres: que conozcan al único Dios verdadero y a su enviado Jesucristo* ⁹⁻¹⁰.

El apostolado acompaña a la vida interior como un efecto a su causa, como una consecuencia a su principio, como algo que se sigue necesariamente, porque *no hay ningún sacrificio más grato a Dios que el celo por la salvación de las almas* ¹¹. En consecuencia, ese celo se hace signo inequívoco de que existe auténtico amor de Dios, una vida interior verdadera. *Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida —dice San Juan— si amamos a nuestros hermanos* ¹². Y nuestro Padre nos enseña: *nuestro espíritu ha de ser sangre y vida, savia de toda la planta, para que el árbol dé frutos divinos* ¹³.

El origen del celo por las almas y su causa está en la vida interior. *Quiero recordar una vez más a mis hijos —decía en cierta ocasión— que el fundamento de toda nuestra labor está en una intensa vida*

(8) II Cor. V, 15.

(9) Cfr. Joann. XVII, 3.

(10) Concilio Vaticano II, decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 3.

(11) San Gregorio Magno, *In Ezechielem homiliae* 12.

(12) Joann. III, 14.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945.

interior, en que seamos todos eficaz y realmente contemplativos. Por eso, el primero de nuestros deberes es no sólo fomentar y sostener, sino mejorar continuamente nuestra vida interior y la de los demás: deber especialmente grave para quienes tienen en la Obra funciones de gobierno y formación. Tened muy en cuenta que sin vida interior no hay verdadero proselitismo ni obras fecundas: haciéndose la labor precaria o incluso ficticia ¹⁴. Nuestra vocación contemplativa exige antes que nada fomentar y crecer en vida interior. Su consecuencia será una acción apostólica fecunda, porque *de la plenitud de la contemplación se deriva la doctrina y la predicación* ¹⁵.

Los síntomas de la tibieza

Algunas veces —dice San Ambrosio— hay mucha interioridad y escasa acción. Así sucede cuando uno que pretende curar un alma, aunque conoce todos los preceptos de la medicina, no los pone en práctica. Esa falta de acción apostólica supone falta de vida interior ¹⁶; porque cuando hay verdadera vida interior, el celo por las almas no se queda en un deseo ineficaz, sino que consiste en un acto firme y enérgico de la voluntad, que pasa por encima de los obstáculos y dificultades que puedan presentarse.

A poco amor de Dios que una persona tenga, surge el afán apostólico. Pero para sostener todas las dificultades que la acción apostólica lleva consigo, hace falta un amor de Dios fuerte y recio, espíritu de sacrificio, audacia, constancia; ejercitar las virtudes todas. Además, también pueden presentarse dificultades de orden material, de tiempo, de medios: no poseer los instrumentos de apostolado adecuados, la acumulación de trabajo... Y para afrontar esa carencia de instrumentos materiales o de dotes humanas, sin desanimarse porque los frutos tardan en

(14) De nuestro Padre, 11-II-1967.

(15) Santo Tomás, S. Th. 11-II, q. 188, a. 6.

(16) San Ambrosio, *Expositio Evangelii sec. Lucam* 1, 9.

llegar, es necesario un recio amor de Dios, una vida interior sólida y pujante.

Cuando falta esa vida interior, el apostolado comienza a perder su atractivo y, en consecuencia, comienza a abandonarse. El impulso apostólico no brota ya del interior, espontáneamente. Son sólo las circunstancias exteriores las que recuerdan y en cierto modo coaccionan a hacer apostolado. Las indicaciones recibidas no se presentan ya como una ayuda práctica que facilita y orienta la labor; resultan más bien para el que las recibe como un estímulo externo, carente de eficacia, ajeno a sus gustos y deseos, que recuerda unos molestos deberes de conciencia.

En esas circunstancias, si no se reacciona a tiempo trabajando por avivar la propia vida interior, la situación tiende a empeorar. Porque al no encontrar ya gusto a la labor apostólica, ni sentido al sacrificio que comporta, se tiende a descuidar la oración, rehuyendo afrontar cara a Dios la necesidad de salir de esa situación; y se pierde también el espíritu de examen, que obligaría a un propósito concreto. Y así, al pensar en el apostolado y en las prácticas de piedad, sólo se saca tristeza, y se comienzan a descuidar aún más los deberes espirituales. Se produce un círculo vicioso, porque si el corazón, que ha sido creado para la felicidad, sólo encuentra disgusto en la vida espiritual, se desviará hacia otras cosas, como compensación de lo que no encuentra ya en la vida interior. Se centrará en alguna actividad natural, quizá en el ejercicio de la profesión, o en procurarse pequeñas satisfacciones, tal vez lícitas en sí mismas, pero desviadas. Y de ese apagar su sed en la vida natural, surge un mayor disgusto por los bienes del espíritu, que resultan cada vez más costosos y antipáticos. Poco a poco, el corazón puede llegar a verse tentado, no ya por el sabor de la vida natural, sino por cosas más bajas; y comienzan a aparecer las grandes dificultades, que sólo parcialmente tienen un fundamento objetivo. *Conforme* —escribe nuestro Padre—: *hay mucha lucha de fuera, y esto te exime, en parte. —Pero también hay complicidad dentro —mira despacio— y ahí no veo eximente* ¹⁷.

(17) *Camino*, n. 700.

El camino de la rectificación

Cuando aparecen esos síntomas de tibieza —rehuir el examen, rehuir el diálogo personal con Dios—; cuando no se puede prescindir de las compensaciones; cuando la acción apostólica se convierte en algo forzado y se siente más como una obligación que como una necesidad; al surgir esos síntomas, en grado más o menos avanzado, ha llegado el momento de poner en práctica más que nunca lo que tantas veces nos ha enseñado nuestro Fundador: *primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en "tercer lugar", acción* ¹⁸. Sin vida interior, sólo con fuerza de voluntad, no puede sostenerse por largo tiempo la acción apostólica, porque supone un esfuerzo gigantesco que además resulta estéril. *Solos, no podemos nada de provecho, porque habremos cortado el camino de las relaciones con Dios: sine me nihil potestis facere (Ioann. XV, 5); sin mí no podéis hacer nada. Pero unidos al Señor, lo podemos todo: omnia possum in eo qui me confortat (Philip. IV, 13); todo lo podremos en Aquél que nos confortará. Aunque tengamos equivocaciones y errores, si luchamos para no tenerlos.*

Soñaba una vez un conocido mío —nunca le acabo de conocer— que andaba en un avión a mucha altura, pero no dentro, sino sobre las alas; y padecía terriblemente. Nuestro Señor le daba a entender que así van por las alturas del apostolado las almas que no tienen vida interior, con el peligro constante de venirse abajo, sufriendo, inseguras ¹⁹. Cuando falta el afán y la vibración en la labor de almas, no se trata de sostener la acción apostólica a fuerza de voluntad, de un modo violento. Hay que ir a Dios, que es la fuente de la

(18) *Camino*, n. 82.

(19) De nuestro Padre, *Carta*, 24-III-1931.

gracia, porque sólo en El podremos encontrar el impulso sobrenatural necesario para la actividad sobrenatural del apostolado. *Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; quien está unido conmigo, y Yo con él, ése da mucho fruto, porque sin mí nada podéis hacer* ²⁰. Hay que acudir a los medios sobrenaturales de la oración y la mortificación, y así transformaremos esa mala complicidad del alma en cooperación a la acción de la gracia.

Oración: no sólo para reconocer que sin Dios nada podemos, sino también porque en la oración *conformamos nuestra voluntad a la voluntad de Dios* ²¹. Cristo, ante la inminencia de la Pasión, nos dio ejemplo de esa oración para identificar su voluntad humana, que se resistía a la Pasión y a la Cruz, con la voluntad divina: *Padre mío (...) —repetía—, no se haga mi voluntad sino la tuya (...). Y entrando en agonía, oraba con mayor intensidad. Y le vino como un sudor de gotas de sangre que chorreaba hasta el suelo* ²². Así debemos orar nosotros para hacer nuestra la voluntad de Dios, cuando los obstáculos se oponen a la labor apostólica que el Señor nos pide. No cabe conformarse con vivir las exigencias del apostolado como una obligación penosa. *La oración* —dice Santo Tomás— *debe durar el tiempo necesario para excitar el fervor del deseo interior* ²³; si no, la labor acaba por abandonarse. *Sin oración no es posible perseverar en el apostolado* ²⁴.

Y con la oración, la mortificación, que no consistirá en imponerse grandes penitencias, como si el dolor fuese un talismán para la eficacia apostólica o un precio exorbitante que Dios exige para alcanzarla. Se trata de dar muerte al hombre viejo, de cortar los lazos que atan el alma a todo lo que no es Dios, que agotan sus energías y la dejan ciega para ver y sin paladar para gustar lo amable que es el cumplimiento de la voluntad divina. Hay que mortificar el propio gusto para poder gustar lo que Dios gusta. Hay que perder la propia voluntad y morir a la propia complacencia, para encontrar la satisfacción, la complacencia y la ale-

(20) *Ioann.* XV, 5.

(21) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 83, a. 5 ad 2.

(22) *Luc.* XXII, 42-44.

(23) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 83, a. 15.

(24) De nuestro Padre, *Crónica* VI-66, p. 9.

gria en el cumplimiento de la voluntad de Dios: una satisfacción que muchas veces no es sensible, pero que llena el alma. *Si el grano de trigo, después de echado en tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto* ²⁵.

De este modo, cuando cesa la *complicidad* del alma, amaina la borrasca de las tentaciones. Cuando se pone la felicidad en el seguimiento de Dios, cada vez se encuentra más gusto en la vida espiritual, aunque cueste. La obediencia y la acción apostólica no son ya una obligación externa y desagradable, sino el cauce que facilita los íntimos deseos de apostolado, fruto de la vida interior. Y entonces el proceso es inverso: un camino que lleva desde la vida interior a una eficacia apostólica cada vez mayor.

Fundamento de todo apostolado

La vida interior es lo que sostiene la labor apostólica; si no hay vida interior, el apostolado mengua y acaba por desaparecer. *Sucede algunas veces —dice San Ambrosio— que hay una actividad exuberante y una interioridad endeble, como cuando uno ha recibido el bautismo y los demás sacramentos de salvación, pero no pone en práctica las distintas virtudes. Y entonces, lo que normalmente sucede es que, por falta de vida interior, tampoco la acción apostólica cosecha fruto* ²⁶.

Sin vida interior, la labor —si es que llega a haberla— se hace *precaria o incluso ficticia. Sin piedad, el gobierno degenera en tiranía —se hace imposible el gobierno colegial—, y es poco menos que inevitable la desunión con la pérdida del buen espíritu* ²⁷. Sin vida interior no es posible llevar una labor tal como lo exige el espíritu de la Obra; todo lo más que puede haber es una ficción, una apariencia

(25) *Joann.* XII, 24.

(26) San Ambrosio, *Expositio Evangelii sec. Lucam* 1, 9.

(27) De nuestro Padre, 11-11-1967.

de labor, condenada a la esterilidad. *¿Acaso se cogen uvas de los espinos o higos de las zarzas?* ²⁸. Algún fruto puede haber, porque a fin de cuentas somos instrumentos en las manos de Dios y, *del mismo modo que las medicinas corporales que utilizan los hombres no aprovechan sino a quienes Dios da la salud (...); de un modo análogo, la ayuda de las enseñanzas humanas aprovechan al alma cuando el que obra para que aprovechen es Dios, que podría dar al hombre el Evangelio sin los hombres y sin mediación de hombre* ²⁹. Pero generalmente Dios dispone que *con nuestras oraciones se obtenga lo que ha dispuesto* ³⁰, *para que nos demos cuenta de que en eso hay que recurrir al auxilio divino* ³¹. Y así la eficacia apostólica depende normalmente de la vida interior del apóstol. En cambio, con grandes dotes humanas y buenos instrumentos de apostolado, la eficacia puede ser nula.

Por tanto, el que pretenda enseñar la palabra de Dios, *al hablar, haga cuanto esté de su parte para que se le escuche inteligentemente, con gusto y docilidad. Pero no dude de que si logra algo y en la medida en que lo logra, es más por la piedad de sus oraciones que por sus dotes oratorias. Por tanto, orando por aquéllos a quienes ha de hablar, sea antes varón de oración que de peroración. Y cuando se acerque la hora de hablar, antes de comenzar a proferir palabras, eleve a Dios su alma sedienta para derramar de lo que bebió y exhalar de lo que se llenó* ³².

Para provocar el afán apostólico, para no dejarse vencer por las dificultades de la labor y para que la labor dé frutos, hay que fomentar la vida interior, crecer en caridad, en amor a Dios y, por Dios, a todo cuanto El ama. *La caridad, que es como el alma de todo apostolado, se comunica y mantiene con los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía* ³³. En la Eucaristía, *el centro y la raíz de nuestra vida interior* ³⁴, Dios nos da gracia sobreabundante. Sólo hemos de procurar quitar los obstáculos que se oponen a su acción en el alma, mediante la oración y

(28) *Matth.* VII, 16.

(29) San Agustín, *De doctrina christiana* 4, 17, 34.

(30) Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 83, a. 2 ad 2.

(31) *Ibid.*, ad 1.

(32) San Agustín, *De doctrina christiana* 4, 15, 32.

(33) Concilio Vaticano II, *decr. Apostolicam actuositatem*, n. 3.

(34) De nuestro Padre, *Obras* VIII-65, p. 13.

El fundamento y raíz de la eficacia _____

la mortificación. *Los medios para sostener y mejorar esa vida interior, que es fundamento y raíz de nuestra eficacia, los conocéis bien: nuestras Normas y Costumbres, el cumplimiento delicado y constante de nuestras Normas de vida. Meditad y haced meditar esto que os digo, y sacad las consecuencias prácticas necesarias para vuestra vida personal y para vuestra labor de gobierno y formación* ³⁵.

(35) De nuestro Padre, 11-II-1967.

[Anterior](#) - [Siguiente](#)
[Volver al índice de Cuadernos 5: La misión apostólica](#)
[Volver a Libros silenciados y Documentos internos](#)
[Ir a la correspondencia del día](#)
[Ir a la página principal](#)